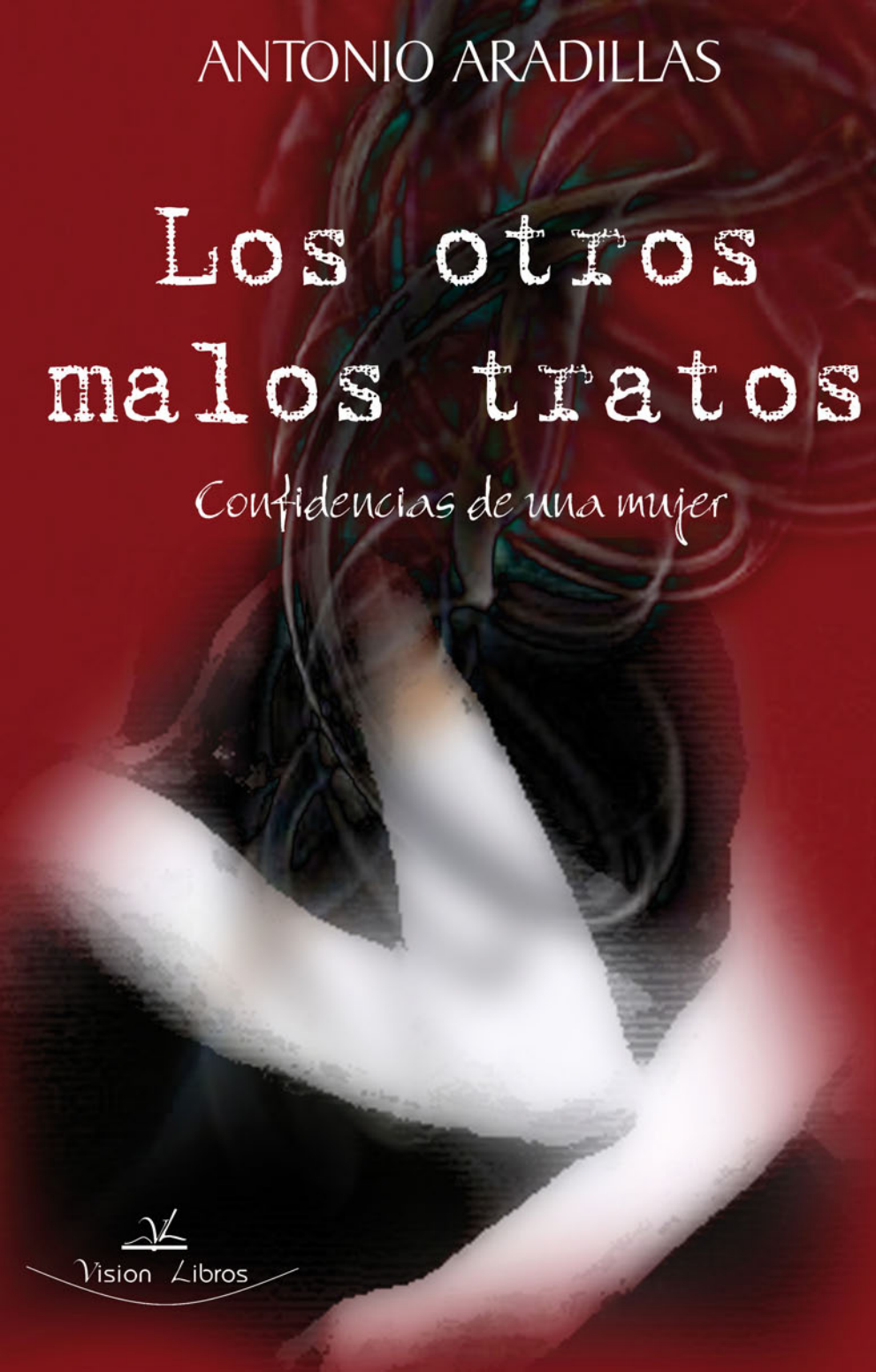
ANTONIO ARADILLAS

Los otros malos tratos

Confidencias de una mujer



Vision Libros

LOS OTROS MALOS TRATOS

Confidencias de una mujer

Antonio Aradillas

Los otros malos tratos

Confidencias de una mujer

Vision Libros

LOS OTROS MALOS TRATOS. Confidencias de una mujer
© Antonio Aradillas
redaccion@viajes-y-vacaciones.com
© Editorial Vision Libros
Calle San Benito 21 Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9886-382-6

Descargado de: www.visionlibros.com

Diseño base cubierta: Marian González, reflejandoelazul@visionnet.es

Maquetación: P. Soler

Distribuye y produce:
Distribuidora de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis,
Local. 28029 Madrid.

Pedidos a: pedidos@visionnet.es
www.distribuciondepublicaciones.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

ÍNDICE

Páginas

PRESENTACIÓN 15
INTRODUCCIÓN 21
Parte del programa 25
Golpe mortal 27
Alianza-símbolo 29
Después de muerto 31
Nuestro día 33
Rehacer la vida 35
A la hora de comer 37
El dedal y la aguja 39
Los golpes 41
Un cardenal se equivoca 43
Tíos y sobrinos 45
Salvan las lágrimas 47
Mis pajaritos 49
Con alma de máquina 51
Matrimonio y aburrimiento 53
La importancia del aburrido 55
También se rompen 57
Pensar en mí misma 59
El que ama, habla 61
La depresión y la niña 63
Por derecho 65
Concesiones y cesiones 67
¿Indisolubilidad? 69
Mano alargada 71
¿Edad de piedra? 73

Páginas

Conservar la línea 75
Ni una cosa ni otra 77
Por motivos sociológicos 79
Índice de independencia 81
Preguntas y nombres 83
Beso-argumento 85
Otra más joven 87
Una añagaza 89
"Soy de mi infancia" 91
Busco ayuda 93
Un día malo 95
Madre y asistenta 97
Amor y temor 99
Nos robaron la juventud 101
Culpables, los genes 103
"Cosas de hombres" 105
Credo y cocina 107
De la mano 109
Símbolo de independencia 111
No lo bautizan 113
Respeto mutuo 115
"Sólo quien ama, vuela" 117
Regresar del llanto 119
En los detalles 121
Monólogo y diálogo 123
"Hombre-llave" 125
Mujer y mujeres 127
¿Dulce hogar? 129
Las notas 131
San Ogino, mártir 133
La generación del descaro 135

Páginas

¿Vocación de hija? 137
Con desodorante 139
Última instancia 141
¿Demasiado pronto? 143
Estrecho marcaje 145
Currículum vitae" 147
Extraterrestres 149
La culpa la tuvo la luz 151
No hay quien lo entienda 153
Otra cosa 155
Contesta el silencio 158
Con el alma y con el cuerpo 160
Cuando llega el frío 162
Una sola vez 164
El calor de la mano 166
Todas las desventajas 168
¿Lista de bodas? 170
Inversión en maternidad 172
El ser humano completo 174
Tú y yo = nosotros 176
"Muéstrale tus encantos" 178
Lo entendieron las hijas 180
Una estrella azul 182
¿Un lujo? 184
Reparto de culpabilidades 186
Otras inmoralidades 188
Ni felices ni resignadas 190
Ha nacido una mujer 192
Mienten los espejos 194
Sombra y decorado 196
La propia alcoba 198

Páginas

¿A perpetuidad? 200
En apasionantes vísperas 202
La vejez es un arte 204
Inhumano y cruel 206
Un árbol en las manos 208
En una revista 210
Casadas y matrimoniadas 212
Unos consejos 214
Admiración y ternura 216
¿Compensa o no? 218
Un cadáver 220
¿Un sacramento? 222
¿En qué piensas?" 224
Con humanidad y realismo 226
Jamás lo oyó 228
Noche de bodas 230
Veinte minutos 232
Alegría y sacrificio 234
Con un coche 236
Palabras atragantadas 238
Morir sin haber vivido 240
Otras viudas 242
Separada-viuda 244
Sexo-modo de ser 246
¿Guardián de la soledad? 248
"Dulce silencio mío" 250
Con complacencia y dolor 252
Monosílabos 254
Amor y desamor 256
Las mujeres del "deber" 258
Quién y cómo 260

Páginas

Daño y beneficio 262
Odio en el matrimonio 264
Sexo y profesión 266
El grito del cuerpo 268
Recuerdos tristes 270
Una oración 272
Crisis de parejas 274
Una carta 276
Una noticia 280
¡Hasta siempre! 283

Cuando se redactan estas líneas están siendo vigiladas por el Ministerio del Interior en España mediante registro informático nada menos que 102.188 mujeres maltratadas y fueron ya 42 las que engrosaron el listado de muertas por sus respectivas parejas en lo que va de año...

Para ellas, y para quienes de alguna manera se relacionan con drama social y familiar tan horrible, nuestro compromiso efectivo y nuestro contristado recuerdo.

Presentación

Para captar plenamente la significación del término "malos tratos" tal y como hoy se presenta, basta y sobra con contemplar las dramáticas imágenes que nos ofrecen con desdichada frecuencia los medios de comunicación, las denuncias que se formulan y las declaraciones de las protagonistas y de los familiares, con espeluznante mención para los hijos, sin olvidar las aportaciones de carácter judicial de los testigos. Están de más las palabras para describir y ponderar el sentido y el contenido de los malos tratos sufridos en el marco de la relación matrimonial o de pareja, siendo de justicia señalar que, dada la más notoria frecuencia con que son las mujeres las maltratadas, el eje y la justificación de este libro tiene una naturaleza marcadamente femenina. Mandan las estadísticas sobre todo, y también la sensibilidad.

Acerca de los malos tratos-noticia y materia de denuncia judicial, la opinión pública está ya a las puertas de haber recibido una información veraz aproximada. Aun teniendo que reseñar que es todavía largo y extremadamente doloroso el camino que queda por recorrer, son ya no pocas las mujeres que deciden dar algunos pasos por él, aun con conciencia de que, por las sinrazones que sean, no suele llevar a las soluciones mínimamente exigidas.

A consecuencia de la comprobación tan reiterada de la inutilidad de las denuncias y dados los escollos y peligros a veces tan graves que hay que afrontar para dar curso a las mismas, la mayoría de los malos tratos todavía no tienen repercusión alguna más allá de los límites de la intimidad y de la confidencia.

Pero no son los malos tratos-noticia de páginas de sucesos los que configuran el argumento de este libro. Son los "otros". Es decir, aquellos que suelen apodarse psicológicos y cuya importancia y gravedad a nadie podrán serles desconocidas y suficientemente valoradas, entre otras razones porque son ellos los que llevan inequívocamente a los otros.

A la hora de presentar el tema opté por simular un Diario al que una mujer le confió durante algún tiempo sus propias experiencias y las de algunas de sus amigas, que compartían situaciones familiares similares o idénticas. Esto quiere decir que las confidencias reflejadas en este libro no son propias y especificas de una sola mujer. Son de muchas. Quiere decir asimismo que son todas ellas reales. A mí me resultaría fácil ponerle nombres y apellidos a cada una de las historias aquí referidas. Tan innegable es la veracidad de las mismas, que antes de la publicación del libro se lo di a leer a varias mujeres y cada una de ellas vio reflejadas sus propias situaciones y vivencias personales con tanto dolor como exactitud y vergüenza.

Ya sé que la mujer casada ha de confesarse de otras más cosas. Pero aquí y ahora lo hace preferentemente en las esferas de la conflictividad y de la separación y divorcio.

En cierto sentido, y todavía para no pocas familias españolas, se trata de un "pecado" ya homologable, pero que en tiempos recientes no tenía ni resolución, ni solución y, por tanto, ni absolución.

Puede a veces dar la impresión de que, más que la mujer, quien se confiesa en mi libro realmente es el hombre. O mejor, que es la mujer la que lo acusa y hasta lo confiesa por sus propias palabras. Se trata de una apreciación válida y cuya explicación se encuentra en la normal actitud y comportamiento de la mujer que piensa en el hombre tanto o más que en ella, lo mismo para acusarlo que para disculparlo.

Que nadie aliente escrúpulo alguno en torno a estas confidencias-confesiones, pensando que yo, como sacerdote, hice uso de ciencia, información o conocimiento llegados a mí por cauces colindantes con los del llamado sigilo sacramental. He de asegurar que, hoy por hoy, los del confesionario no son los caminos más expeditos que recorren las confidencias veraces para que la mujer se comunique con el sacerdote o con el psicólogo tal y como ella es en la vida y más en temas que tengan que ver con la problemática matrimonial.

Insisto en que todas y cada una de las situaciones reflejadas en este libro tienen nombre y apellidos de mujer. Cada una de ellas responde a comportamientos de personas de cuya identificación conservo su fisonomía exacta. No hay en estos capítulos lugar para la invención y la imaginación. Mi aportación se limita a su selección. Exactamente en la veracidad de estas confidencias se encuentra lo más importante y original de la aportación al tema

de la conflictividad matrimonial, especialmente desde su protagonismo y padecimientos, tantas veces encarnizados, por parte de la mujer.

Este libro es y no es una confesión. Mejor, es una confesión, pero atípica. Y no una, sino muchas confesiones. Y no de una, sino de muchas mujeres. Tantas como confesiones de hombres. Si ellos no lo hicieron directamente fue o porque no tuvieron conciencia de su propia situación matrimonial, porque no dispusieron de oportunidad para hacerlo, o porque el pudor o la soberbia les impidieron examinarse a sí mismos.

En mi libro no se imparte absolución alguna. Resultaría pretencioso en extremo que su autor asumiera tal responsabilidad y poderes. Por otra parte, quienes aquí se confiesan lo hacen con la primordial intención de desahogarse. Sólo con que a las personas, y más en algunos momentos y circunstancias, se les facilite la ocasión de comentar, de desahogarse y de manifestarse tales y como son, les supone ya un acercamiento redentor a las fuentes del conocimiento propio y de la reflexión conjunta, con la seguridad de que a su confesión no le faltará ningún elemento para causarles la renovación y recreación necesarias.

La lectura de este libro será útil para las mujeres y lo será tanto o más para los hombres y huelga decir que lo será asimismo, y en idéntica proporción, para los hijos. Los padres y los educadores descubrirán en estas confidencias de la mujer —mujeres—, los principales puntos de referencia de las carencias de la educación recibida por ellas y por ellos y que explican en gran parte su actual

situación propia y ajena, que recaban una actitud de comprensión infinita.

No constituye jactancia personal alguna aseverar que en el libro se confiesan nuestra familia y nuestra sociedad que, en definitiva, son las que posibilitaron y hasta estimularon el matrimonio de tantas mujeres cuyos problemas son ahora el eje y la justificación de sus preocupaciones a consecuencia sobre todo de los malos tratos.

En el libro se confiesa asimismo la Iglesia que bendijo indisolublemente tantas "uniones matrimoniales", que ni eran, ni podían ser, ni fueron jamás, ni "uniones", ni "matrimoniales". Los hombres de la Iglesia son también sus destinatarios cualificadamente directos, cooperadores en la mayoría de sus situaciones, tantas veces dramáticas, por ignorancia o por "omnisciencia", y tan necesitados como ellas de la solución-absolución comprensiva y generosa por parte de Dios, de la familia, de la sociedad, y de la misma mujer.

Al redactar este libro tuve buen cuidado también de no confundir conservadurismo con fidelidad, así como de no contribuir a que hombres y mujeres se perpetúen en estado de inocencia, reduciendo este al estado de ignorancia. El conservadurismo no tiene nada que ver con la fidelidad. Normalmente se presenta como lucrativo sucedáneo de esta, al servicio de intereses bastardos de unos y otros. Se peca dentro y fuera de la Iglesia contra la fidelidad, pero no contra el conservadurismo. Evidentemente, y por imperativos de la honestidad, la inocencia y la ignorancia no tienen correlación alguna. Son conceptos que en el mundo de los adultos se contraponen frontalmente. El

ignorante no será nunca inocente. Aun más, el ignorante será mucho más aun pecador. La información, el conocimiento y el descubrimiento de la verdad, además de hacer adultas a las personas, la torna cabal y conscientemente honradas e inocentes.

Introducción

De una manera tan concluyente, como activa y veraz, yo encarno el modelo de la mujer casada de los tiempos gloriosos del Nacional Catolicismo anti o pre-democráticos, que precisamente coincidieron con aquellos en los que nacieron los hijos e hijas que hoy se casan, se casarán próximamente o se constituirán en alguna de las modalidades de parejas al uso. Huelga decir que tales circunstancias de lugar y tiempo influyeron y ahormaron de forma decisiva nuestras vidas.

Sí, yo fui, ejercí e hicieron que ejerciera, y hasta sus últimas consecuencias, de "mujer" de las que se decían que estábamos y éramos bien casadas. Me casé —¡faltaba más!— por la Iglesia, aunque una ulterior reflexión postconciliar me hizo descubrir que, más que por la Iglesia y con conciencia de sacramento, me casé en la Iglesia. Es decir, en el marco del templo, con su liturgia y su música, su ornamentación, su escalinata, sus bendiciones, sus testigos, sus lágrimas y el intercambio de arras y alianzas. Esa misma reflexión tan elemental me llevó a la conclusión de que no resulta del todo veraz la afirmación de que "me casé", aproximándose con fidelidad mayor a la realidad esta otra de "me casaron"... Sí, a mí y a muchas más, nos casaron las circunstancias sociales y familiares y la rutina imperante en el grupo de amigas y el "qué dirán" y

el no estar capacitadas para otros menesteres y, sobre todo, el hecho de que la mujer de aquellos tiempos o tenía que dirigir sus pasos hacia el convento o hacia el matrimonio, no siéndole posible la misma opción de quedarse de por vida soltera y ya está, si esa hubiera sido su voluntad.

Fui y ejercí de "bien casada" con ejemplaridad y hasta con emoción familiar, tanto en mi propia jurisdicción como en la de mi marido. Apenas si me faltó externamente algo en la vida. Mi marido me obsequiaba con generosidad y frecuencia, sobre todo delante de la gente y jamás sospechó nadie, ni siquiera mis más allegados familiares y amigos, que yo me veía sometida a recorrer largos, inhóspitos y hasta misteriosos caminos de preocupación y tristeza. "La procesión iba por dentro" y esta no podía conducirme nada más y nada menos que a dolorosos calvarios. Si tal meta y destino resultaban ser sacrificados, mucha mayor inmolación, tristezas y lágrimas me reportaba experimentar la desoladora sensación de que el referido camino tenía que recorrerlo siempre en solitario y sin poder desahogarme con nadie y menos con mis familiares. Ellos estaban convencidos, tal vez por motivos egoístas, de que jamás podría yo llegar a estar empadronada en el Registro de las sociológicamente "bien casadas", y de que nadie podría ser más feliz que yo misma...

Por fin, me había casado, mi marido tenía fama de bueno y de rico, por aquello de ser "de buena familia", estaba bien educado, no se le conocían peligrosas amistades y jamás llegó a ponerme una mano encima... Por otra parte, también Dios nos había regalado unos hijos que disfrutaban de virtuosa salud... Es decir, que yo no tenía derecho

alguno a quejarme de nada o de casi nada, pudiendo ser objeto y sujeto de envidia por parte de todos.

Era general el conocimiento de que yo había hecho una buena boda, habiéndome agraciado la suerte de forma ciertamente generosa y casi inmerecida. La posición social de mi esposo, de sus familiares y de los míos, así como otros factores, entre ellos, los económicos y los sociales, tal y como podían con facilidad ser ponderados, proporcionaban públicamente argumentos suficientes para que a nadie le fuera lícito pensar en exiliarme del privilegiado círculo de mujeres perfecta y felizmente casadas.

Pero una vez más, las apariencias engañaban y, al afectar el engaño a áreas tan sensibles de la convivencia como la matrimonial, y en unos tiempos institucionalmente hipócritas, la más profunda tristeza se convirtió para mí ya desde el principio de mi matrimonio en herencia y legado permanentes. La felicidad a la que puede y debe aspirar la mujer, por mujer, por esposa y por persona, con dificultad llamó a mis puertas en el tiempo de mi matrimonio. Lo asevero con lealtad, con franqueza y, por supuesto, con lágrimas.

Y es que quien se presenta y actúa ante propios y extraños como "bien casada" difícilmente podrá ni siquiera acogerse a las fórmulas legales, —civiles o canónicas— de nulidad o divorcio, hoy vigentes para regular su situación, arrancándose de las garras de la institución que a mí me estaba destrozando como mujer y hasta como persona. A la mujer "bien casada" nos era extremadamente difícil, es decir, imposible, decidirnos por la separación o el divorcio, no existiendo entonces siquiera esta fórmula legaliza-

da, para poder comenzar a ser y a ejercer de nuevo como mujer y como persona. El derecho que sería después constitucional al divorcio, no nos estaba en la práctica permitido. Tal condición y situación sociológica y familiar era para muchas fuente de la más bochornosa y sutil discriminación... Si el comportamiento que hacia ella mantenía su marido se hubiera manifestado ya en malos tratos físicos, la determinación de estas mujeres habría sido comprendida por familiares y amigos, con la ventaja de ser además aceptada si fuera menester algún día...

Éstos son algunos rasgos —los más importantes y ponderables—, de la mujer protagonista de esta Diario, cuya principal fuente de información radica en unas hipotéticas reuniones sociales celebradas periódicamente por un grupo de amigas.

Parte del programa

No son para ser comentadas las humillaciones a las que tenemos que someternos frecuentemente las mujeres en la intimidad del matrimonio, en la que la violación institucionalizada es lo de menos... Si tuviéramos valor para inventariar, describir y glosar tales humillaciones, enrojecerían de vergüenza no pocos esposos. Además de valor, tendríamos que disponer de palabras, tarea que resulta extremadamente difícil porque ni siquiera con una selección gramáticamente correcta, pocas seríamos capaces de expresarlo todo o casi todo.

A mí me humilló cruelmente la comprobación de que la entrega total que se me exigía era como parte de un programa trazado en función de los hijos, de las apetencias para aplacar necesidades y urgencias —"para calmar el estrés", se me decía— o, simplemente, como símbolo de gallardía, poderío y dominio machistas. El convencimiento de que mi entrega total en la intimidad no pasaba de ser parte de un programa, me provocó náuseas y malestar corporal que, en ocasiones, no me fue posible superar físicamente. Al verme obligada a entregar mi cuerpo, yo hacía como si se tratara de algo que no fuera mío y, en una actitud de lejanía y de ausencia que podía percibir cualquiera, que no fuera buscando exclusivamente el cuerpo.

En tal situación yo no era "yo". Mi cuerpo no era mi cuerpo. Era algo ajeno y que además no era ni cuerpo siquiera. Creo que ni la sangre corría entonces por las venas. No era ni un objeto caliente o ardiente. Era algo frío e inerte. Sin alma. Sin vida. Mi "yo" carecía de "yo". Y tampoco podía ser un "tú", porque a quien había programado el encuentro le faltaba sensibilidad y armonía. Carecía él también de su "yo", aunque por motivos totalmente distintos y nada sublimes y enaltecedores.

La programación de la entrega en la intimidad sexual del matrimonio, sólo por el hecho de su programación, desnaturaliza y falsea toda posibilidad de relación, de encuentro y de convivencia. Envilece o mata al "tú" y al "yo". Roba el cuerpo y el alma. Los hombres que, por trabajo u oficio programan todo su quehacer, si en el momento de la intimidad intentan también seguir programando, hasta la misma intimidad se les tendrá que hacer ausente... Esta programación constituye una contradicción que nos enloquece o nos prostituye, o que nos prostituye y nos enloquece a la vez.

Golpe mortal

Desde que mi amiga me hizo partícipe de la orientación pre-separación y divorcio dada por su abogado para justificarlo con el argumento de la inexistencia durante seis meses de la intimidad en la cama, mi capacidad de sorpresa sufrió un rudo golpe. Un golpe mortal. Como mujer no entiendo que pueda ser el único o fundamental motivo legal e inspirador de la decisión del juez, una relación meramente física —biológica— entre un hombre y una mujer. Me resisto a creer que a tal relación se la pueda considerar como humana e interpersonal. No comprendo que ella pueda ser la única o fundamental expresión de la entrega y de la aceptación que incluye el amor como soporte y justificación de todo matrimonio...

Pienso en mi amiga, en tantas otras mujeres y en mí misma y me aterra tener que llegar a la conclusión de que para el hombre —para la mayoría y para quienes han de juzgar después sus comportamientos con la aplicación de la ley—, lo importante es la cama. Lo que les importa es el ejercicio de la sexualidad en lo que tiene de placer, de dominio del otro y de reafirmación de sí y de lo suyo. Lo único que les interesa es su propio "yo", prescindiendo de "tú" personal de la otra parte, es decir, de la mujer.

Como mujer proclamo una vez más que ni el matrimonio es la cama, ni en ella se fabrican o mecen su estabilidad y su justificación última e íntima. La cama es expresión, síntesis y coronamiento de una relación. También puede ser relación ella misma y de por sí... Pero ni es la única, ni la más importante... Una mujer que tenga que

convencerse de que lo que cuentan para la estabilidad de su matrimonio desde la estima y exigencia de su marido, es la cama y su ejercicio en ella, es la criatura más desdichada. Esa mujer se sentirá prostituida a perpetuidad y además con el aval de un documento público y hasta de una bendición...

Después de cuatro hijos y de veinticinco años de casada, la mera posibilidad de invocar la inexistencia consciente en la mujer de la relación marital, por la convincente razón de no existir ya otro diálogo, descalifica la ley, a quienes la aplican y a la humanidad... y si el matrimonio fue canónico, también y más a la Iglesia.